

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Caín. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor, en primer término. Á la derecha un balcón. Una chimenea de chaflán, entre las paredes del foro y de la izquierda. Cercana al balcón la mesa de trabajo. Muebles modestos, con la huella de muchas mudanzas encima. Una anaquelaría atestada de libros y papeles. En las paredes dos ó tres retratos al óleo, de esos que se transmiten de padres á hijos sin que haya una buena voluntad que los quemé. Sobre la chimenea una corona de laurel. En el pasillo, frente á la puerta del foro, un perchero. Es de noche. Luz en el centro de la habitación.

ROSALÍA, sentada á la mesa de trabajo, escribe lo que le dicta su señor padre. DON SEGISMUNDO traduce de un libro que tiene en la mano, y pasea. Está de batín y babuchas. Rosalía viste un trajecito de casa muy sencillo, y delantal. Como ella visten sus hermanas.

DON SEGISMUNDO. «El tren marchaba con vertiginosa rapidez. Allá lejos, cada vez más lejos, entre la espesa niebla, adivinábanse las luces de París, de aquel París dorado y brillante que fué

primero su sueño, después su encanto y al cabo su ruina. Á los ojos del viajero asomó una lágrima.»

ROSALÍA. Acabando de escribir. ...asomó una lágrima.

DON SEGISMUNDO. Mira, pon dos lágrimas, porque á los dos ojos es muy difícil que asome una sola.

ROSALÍA. ¡Aunque el viajero fuese tuerto!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Pero ¡que esto se publique... y se venda... y tenga que traducirlo yo! En fin, ¡qué diablo! peor fuera no verlo... ser... aquello que dijimos, y tener las narices de corcho. Adelante.

Aparece Tomás por la derecha del foro en el pasillo. Deja su sombrero en el perchero, y después de saludar sigue por el mismo pasillo hasta la izquierda.

TOMÁS. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. Hola, Tomasito: buenas noches.

ROSALÍA. ¿Se ha levantado mucho aire, verdad?

TOMÁS. Mucho, sí. Aire de tormenta.

ROSALÍA. Ya lo he conocido yo en mis nervios.

TOMÁS. ¿Se labora?

DON SEGISMUNDO. Un poco. Ganarás el pan con el sudor de tus disparates.

ROSALÍA. Allá en el comedor están las chicas con la tía Mercedes.

TOMÁS. Pues hasta ahora: no quiero molestar.

DON SEGISMUNDO. Tú no molestas nunca, hijo mío. Á Rosalía, bajo. Hijo mío: que digiera la frase.

Volviendo al libro. «Capítulo décimo sexto. La herencia de los Golber. Han pasado seis meses. «*Le soleil clair et beau de le printemps divin...*» ¿Cómo, cómo: ¿Á real el pliego y descripciones pintorescas? ¡No en mis días! Leyendo á saitos, para ver lo que va á tragarse. *Des fleurs... oiseaux... ruisseaux...*» ¡Bah, bah, bah! «*Fontaines... ombrages... vergers... les nénufars dorés...*» ¡Bah, bah, bah! Escribe. «Llegó la primavera.» Punto final. Hemos traducido medio capítulo con una sencillez lapidaria.

Asoma PEPÍN CASTROLEJO como Tomás, y hace lo propio.

PEPÍN. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! ¡el gran Pepín!

PEPÍN. Hola, Rosalía.

ROSALÍA. Hola.

PEPÍN. Don Segismundo, dispense usted que lo distraiga un momento de su tarea; pero le traigo dedicado un *colmo*.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Como le hacen á usted tanta gracia...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucha me hacen!

PEPÍN. Oiga usted, ¿Cuál es el *colmo* del encuadernador?

DON SEGISMUNDO. ¿El *colmo* del encuadernador? Ya sabe usted que no doy nunca...

ROSALÍA. ¿El *colmo* del encuadernador? ¿Cuál es?

PEPÍN. ¡Tener hasta las muelas *empastadas*! ¡Jeeeee!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! De muy

buena ley. ¡Tener hasta las muelas *empastadas*! ¡Mucho; mucho!

PEPÍN. En el Círculo esta mañana me han querido acoger porque lo dije. ¡Jeeeee!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Hasta luego.

DON SEGISMUNDO. ¡Adiós! Se vuelve para mirar á Rosalía, que lo mira á él, á guisa de comentario. Con los ojos nos lo decimos todo. Estrella lo espabilará.

Sale MARUCHA por la puerta de la izquierda.

MARUCHA. Pero ¿no ha venido mamá todavía?

DON SEGISMUNDO. No; todavía no ha venido.

MARUCHA. Me pareció oírla hablar. Estoy más inquieta esta noche... ¡Pobrecito Marín! Debe de estar peor...

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué razón, muchacha?

MARUCHA. ¿Á ti no te dice nada el corazón, Rosalía?

ROSALÍA. ¿De Marín? Sí. De Marín me dice una cosa... que yo no te digo.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala eres!... Papá, ¿ves qué mala?... ¿Y á ti, qué te dice el corazón?

DON SEGISMUNDO. ¡El corazón á mí me habla muy pocas veces ya!... ¡Si vieras!

MARUCHA. Pues á mí no para de hablarme.

DON SEGISMUNDO. ¡También lo creo!

MARUCHA. ¡Y me está diciendo desde anoche unas cosas más tristes!... ¡Pobrecito Marín! Venir á Madrid, caer enfermo de gravedad y encontrarse solito en la habitación de una fonda... ¡Qué pena! ¡Sin tener á su alrededor ninguna persona querida!...

DON SEGISMUNDO. Mujer, mujer... á falta de las de su familia, tu madre desde el primer momento no abandona la cabecera de su cama.

ROSALÍA. Lo está tratando como á un hijo. Dos noches lo ha velado ya.

MARUCHA. ¡Ay! Me he quedado un poquito traspuesta en el comedor, ¡y he soñado una de horrores en dos minutos!...

DON SEGISMUNDO. Pues date ahora una vuelta por los pasillos, bébete un buen vaso de agua fresca, y desecha esas ideas terribles...

MARUCHA. Como me lo dices voy á hacerlo. Porque estoy tan preocupada con Marín... Rosalía, no te rías, no seas mala. Papá, dile que no sea mala... Ya veis que es un muchacho que no ha venido acá más que unas cuantas veces... y que ni se ha fijado en mí ni muchísimo menos... pero ¡qué sé yo!... ¡Vaya usted á explicarse!...

DON SEGISMUNDO. Anda, anda; déjanos trabajar.

ROSALÍA. Y véte luego al comedor, no se duerma la tía Mercedes.

MARUCHA. La tía Mercedes no se duerme. ¡Sabe más!... Cierra un ojo, y los novios se creen que es el bueno, y que está dormida... Y el que cierra es el de cristal. ¡Ay, Jesús! ¡Quiera Dios que se me vayan estas ideas tan tristes!... *Entrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. Cómo me recuerda esta muñeca de Marucha á tu madre, cuando nos conocimos. Tenía el mismo dengue, el mismo dejillo de mosquita muerta... Y luego, ya ves: me dió ocho

hijas, os ha criado á las ocho, y ha sido una mujer para todo en la vida.

ROSALÍA. Barajando ideas. ¡Pobrecillo Marín!... La verdad es que... Bueno, ¿seguimos traduciendo?

DON SEGISMUNDO. Seguiremos otro ratito... Llamándole á esto traducir. «Una mañana, el viejo Golber...»

Sale BRÍGIDA por la puerta del foro. Es una criada que habla siempre en voz baja y con cara de susto.

BRÍGIDA. Señor.

DON SEGISMUNDO. ¡Vaya! ¿Qué hay?

BRÍGIDA. Una señora pregunta por usted.

DON SEGISMUNDO. ¿Por mí?

ROSALÍA. ¿Quién es, no te ha dicho?

BRÍGIDA. Sí me lo ha dicho, sí; pero se me ha olvidado.

DON SEGISMUNDO. ¡Válgate Dios!

BRÍGIDA. Aguarde usted: doña...doña... ¡doña Jenara!

DON SEGISMUNDO. ¿Doña Jenara Izquierdo?

BRÍGIDA. ¡La misma!

ROSALÍA. ¿La madre de Tomás?

DON SEGISMUNDO. Seguramente. Que pase en seguida

BRÍGIDA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Que pase.

BRÍGIDA. ¿Que pase?

DON SEGISMUNDO. Sí; que entre.

BRÍGIDA. ¡Ah! Eso es otra cosa. *Se va.*

ROSALÍA. ¡Qué mujer! Parece que está siempre asustada.

Asoma BRÍGIDA de nuevo.

BRÍGIDA. ¿Á la sala ó aquí?

DON SEGISMUNDO. Sobrecogido. ¿Eh?

BRÍGIDA. ¿Á la sala ó aquí?

DON SEGISMUNDO. Aquí; aquí. *Vase Brígida.* Ahora soy yo el que se ha asustado.

ROSALÍA. Y yo. ¡Demonio de mujer!

DON SEGISMUNDO. ¡Le da á todo una importancia y un misterio!

ROSALÍA. ¿Se acabó el trabajo, verdad?

DON SEGISMUNDO. Se acabó. Digo, este trabajo: porque todo es trabajar, no te creas. Déjame solo con esa señora.

ROSALÍA. ¿Y le digo á Tomás que ha venido?

DON SEGISMUNDO. Ni una palabra, como yo no avise.

ROSALÍA. Descuida. *Se va por la puerta de la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. Preparándose á recibir á la dama. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! El mundo gira, el mundo rueda, y su vida está en su movimiento. *DOÑA JENARA aparece en la puerta del foro. Es una señora de buen ver. Viene de velo, y habla con cierto dejo popular madrileño.* ¡Oh, señora! ¿Para qué se ha molestado usted? ¿Cómo está usted?

DOÑA JENARA. Bien; para servirle.

DON SEGISMUNDO. Tenga la bondad de sentarse.

DOÑA JENARA. Muchas gracias.

Se sientan los dos.

DON SEGISMUNDO. Por lo visto, en mi carta me he expresado mal. Mi intención fué pedirle á usted hora para visitarla en su casa; en modo alguno...

DOÑA JENARA. No; si ya lo entendí; si era eso lo que usted me decía. Pero yo pensé: este señor está muy ocupado: ¿á qué voy á hacerle perder tiempo en ir y venir? Y como la cuestión es que hablemos, aquí estoy. Cuanto antes, mejor. No sabe usted las ganas que yo tenía de conocerlo á usted personalmente para decirle más de cuatro cosas.

DON SEGISMUNDO. Me alegro entonces de que las aguas hayan corrido por este cauce. Voy á cerrar las puertas, para que ni una sola palabra salga de aquí... mientras no nos pongamos de acuerdo.

Lo hace.

DOÑA JENARA. ¿Y mi hijo, está ahí?

DON SEGISMUNDO. ¡Pues no! Hablando con mi hija, precisamente. Por que los hijos hablan allá, hablan aquí los padres.

DOÑA JENARA. Sí, señor; es mucha verdad. Y al oírlo á usted, con esa cara de bueno que tiene—usted disimule la confianza,—se me encienden los remordimientos que ya sentía. Porque esta visita la he debido yo hacer mucho antes. Sofocándose por palabras. ¡Sí, señor; sí, señor; mi hijo es un pillo; mi hijo hace muy mal en engreír á ninguna chica; mi hijo no se puede casar con su hija de usted!

DON SEGISMUNDO. Alarmándose un punto. ¿Por qué, señora?

DOÑA JENARA. ¡Porque en ley de Dios no se puede casar!

DON SEGISMUNDO. ¿Es casado?

DOÑA JENARA. ¡Qué ha de ser casado!

DON SEGISMUNDO. Recobrando su aplomo. ¡Entonces sí se puede casar!

DOÑA JENARA. Según y cómo, señor don don don... ¿Cómo se llama usted?

DON SEGISMUNDO. Segismundo, señora.

DOÑA JENARA. Pues según y cómo, señor don Segismundo. Yo soy muy franca y muy decente, y á mí no me gusta que mi hijo engañe á nadie. Porque mi marido, que esté en gloria, no engañó á nadie. ¡Á nadie! ¡Ni á mí!—que eso lo cuentan muy pocas mujeres. Y como él no ha podido ver engaños en su casa, se me arde la sangre y me sofoco toda de ver lo que está haciendo. Yo le voy á decir á usted lo que es mi hijo, y luego, usted que es padre, verá si le rompe un hueso ó lo que determina.

DON SEGISMUNDO. Cállese; cállese usted, señora...

DOÑA JENARA. ¡No puedo; no puedo! Mire usted: mi hijo es un vago; mi hijo se levanta á las doce; mi hijo no estudia; mi hijo bebe; mi hijo no sabe ganar una peseta; mi hijo trasnocha; mi hijo empeña los libros; mi hijo no confiesa; mi hijo no oye misa... ¡mi hijo es una condenación! Ése es mi hijo: ya sabe usted quién es mi hijo. Y me va usted á permitir que ponga derecho este cuadro, porque yo, en viendo que vea un cuadro torcido, no puedo hablar una palabra. ¡Manías! Se levanta y lo hace.

DON SEGISMUNDO. Señora, está usted en su casa... ¡Ja, ja! Y venga aquí, y sosiegue ese ánimo... Usted, en su buena fe, hace montes de granos de arena... ¡Donoso lance éste! La madre acusando... y el suegro defendiendo... ¡Ja, ja!